

Caronte

Lord Dunsany (1878-1957)

Caronte se inclinó hacia delante y remó. Todas las cosas del mundo eran una con su infinito cansancio.

Para él, la cuestión no se reducía a simples años o siglos, sino a ilimitados flujos de tiempo, y a una antigua pesadez y a un punzante dolor en los brazos, que se habían convertido en parte de un laberinto creado por los dioses y en un pedazo de Eternidad.

Si los dioses le hubieran enviado siquiera un viento contrario esto habría dividido todo el tiempo en su memoria en dos fragmentos iguales.

Tan grises resultaban las cosas donde él estaba, que si alguna luminosidad se demoraba entre los muertos, en el rostro de alguna reina como Cleopatra, sus ojos no podrían percibirla.

Era extraño que actualmente los muertos estuvieran llegando en tales cantidades. Llegaban de a miles cuando acostumbraban a llegar de a cincuenta. No era la obligación ni el deseo de Caronte considerar el porqué de estas cosas en su alma sombría. Caronte sólo se inclinaba hacia adelante, y remaba.

Entonces nadie arribó a sus costas por un tiempo. No era usual que los dioses no enviaran a nadie desde la Tierra; pero claro, los Dioses saben.

Entonces un hombre llegó solo. Y una pequeña sombra se sentó estremeciéndose en una playa solitaria y el gran bote negro zarpó. Sólo un pasajero; los dioses saben. Y un Caronte enorme y abatido remó y remó junto al pequeño, silencioso y tembloroso espíritu.

Y el sonido del río era como un poderoso suspiro lanzado por Aflicción, en el comienzo, entre sus hermanas, y que no pudo morir como los ecos del dolor humano que se apagan en las colinas terrestres, sino que era tan antiguo como el tiempo y el dolor en los brazos de Caronte.

Entonces, desde el gris y tranquilo río, el bote se materializó en la costa de Dis y la pequeña sombra, aún estremeciéndose, puso pie en tierra, y Caronte volteó el bote para dirigirse fatigosamente al mundo. Entonces la pequeña sombra habló, había sido un hombre.

«Soy el último», dijo.

Nunca nadie había hecho sonreír a Caronte, nunca nadie lo había hecho llorar.

La Muerte y Odiseo

En la corte del Olimpo, el Amor reía ante la Muerte, porque era desagradable, porque no podía ayudarle ya que ella nunca había hecho nada que valga la pena y el Amor sí.

Y la Muerte odiaba ser motivo de risas, y solía apartarse para pensar en sus defectos y en cómo podía hacer para poner fin a este intolerable tratamiento.

Pero un día la Muerte apareció en la corte con cierto aire. Y todos los demás lo notaron. "¿Qué es lo que te traes ahora?" preguntó el Amor. Y la Muerte con cierta solemnidad, le dijo: "voy a asustar a Odiseo"; y enarbolándose con su capa gris de viajero, salió a través de la puerta con rumbo a la Tierra.

Y ni bien llegó a Ítaca y al vestíbulo que Atena conocía, y abrió la puerta, vio al famoso Odiseo, con sus blancos mechones colgando cerca del fuego, tratando de calentar sus manos.

Y el viento que penetró por la puerta abierta resopló sobre Odiseo.

Y la Muerte se puso frente a él y de repente gritó.

Y Odiseo volvió a calentarse sus pálidas manos.

Entonces, la Muerte se acercó más y comenzó a vociferar. Y luego de un rato, Odiseo se volvió y dijo: "Bueno, viejo lacayo, ¿han sido buenos contigo tus amos desde que te hice trabajar en Ilión?"

Y la Muerte, por un momento se quedó enmudecida, y recordó la risa del Amor.

Entonces, "ven," dijo Odiseo, "dame tu hombro," luego de lo que se reclinó pesadamente en tal huesuda coyuntura, y ambos pasaron juntos a través de la puerta abierta.